

Concebir a Dios en el corazón

«Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en Él antes de la fundación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia por el amor» (Ef 1, 3-4).

Es bueno agradecer a Dios su amor que constantemente nos sana de nuestras debilidades. En su corazón de Padre somos santos y sin mancha, hijos bienqueridos, alegría de sus ojos y de su corazón. Nadie nace enfermo ni en pecado. ¿Acaso puede salir algo malo e impuro del corazón de Dios? La historia nos habla de la degradación del ser humano como fruto amargo de la desobediencia, de la soberbia, de querer ser igual a Dios en el conocimiento, el querer tocar el cielo con la obra de sus manos. Cuando el hombre desterró a Dios de su vida, la desolación y la desesperanza cubrieron la tierra como una noche cerrada y espesa. Del Jardín de las delicias y de la armonía pasamos a una tierra árida y llena de conflictos. Una historia de guerras y de odio cainitas parece que nos persiguen. Pero en medio de tanta ceguera, Dios no olvida a sus hijos y va poniendo puntos de luz a lo largo del camino de la historia preñada de largas noches negras y de frío invernal. Jamás Dios permitió que agonizase en el corazón de la humanidad la esperanza de ver un nuevo día radiante de luz. El Dios con nosotros, el Emmanuel de las promesas se nos anuncia para, como Buen Samaritano, sane al ser humano caído y herido por los ladrones de la dignidad de los hijos de Dios. Si el núcleo mismo es manchado, herido, la figura de María en nuestra historia de salvación como criatura inmaculada, nos está revelando la decisión de Dios de hacer todo nuevo desde la raíz. La nueva creación nos anuncia una criatura humana que va a responder al proyecto de Dios con un SÍ lleno de fe y esperanza en Aquel que le pide humildemente permiso para realizar el milagro de la vida en la Encarnación del Verbo.

Leer en la solemnidad de la Inmaculada el relato de la Anunciación de San Lucas nos está indicando que los pasos de Dios en la historia no comienzan ni acaban en los templos. Las diferencias de los relatos de la anunciación de Juan Bautista y de Jesús son bien patentes y bien puestos para nuestra comprensión de que para Dios no existe lo sagrado y lo profano. Y tiene que seguir siendo en la historia de los creyentes ese espacio que nos ayuda a comprender que el único lugar santo y sagrado capaz de concebir a Dios es el interior del ser humano. Las piedras no conciben, y en la historia de las religiones, desgraciadamente, hay demasiadas piedras. Y una vez más la gloria de Dios abandona el templo hecho por manos humanas y se instala en un lugar profano y contaminado a los ojos de los hombres religiosos de Jerusalén, pero a los ojos de Dios, digno de su bendición, donde radica el Tabernáculo de Dios. San Lucas nos dice con claridad que Dios se hace carne no para permanecer en los templos, sino que pone su morada entre los hombres para compartir su vida.

El relato de la Anunciación tiene la misma fuerza y el mismo mensaje que las Bienaventuranzas de Mateo. Alégrate, es como un río de aguas desbordantes que no nos ahogan, sino que fertilizan nuestra esterilidad. Cristo es concebido en nuestra carne en la alegría de Dios. Todos estamos capacitados para concebir y dar a luz a Dios. Nos lo dice San Bernardo: «Nos dicen las Escrituras que unos escucharon la Palabra, otros la proclamaron y otros la cumplieron; pero yo te pido que se haga en mi vientre según tu palabra. Y no quiero que se haga en mí como un sueño imaginario, sino como una inspiración personal poseída corporalmente en mis entrañas».

A lo largo de la Escritura vemos como Israel tenía conciencia de que Dios estaba con él. Pero era un Dios que infundía más temor que amor. Era el Dios del Sinaí. A María se le anuncia la presencia Santa que está y mora en ella: «El Señor está contigo». Y. La alegría que se anuncia, es una alegría que nace de la fe y de la confianza de que Dios nos acompaña, está siempre de nuestra parte y busca nuestro bien. No estamos solos, dentro de nosotros está el hacedor de la vida, el que nos llena de su gracia, el que nos reconoce santos inmaculados.

La Virgen Inmaculada es modelo de la Iglesia, tal como lo proclama el Concilio. Es la que nos enseña la alegría de abrir las puertas al milagro de la vida. Ella es la mujer creyente que se hace madre y hermana de los desheredados de la historia, la que nos dice que la alegría verdadera es posible al corazón que anhela y busca la paz, la libertad y la fraternidad para todos. María, la Virgen Inmaculada, se alegra en Dios porque viene a consumir la esperanza de todos los que anhelan que los cielos se rasguen y venga el Salvador.

<https://www.monasteriodesobrado.org/>